



La Santa Sede

VISITA DEL SANTO PADRE A CASERTA

ENCUENTRO CON LOS SACERDOTES DE LA DIÓCESIS

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO *

Capilla Palatina del Palacio Real de Caserta

Sábado 26 de julio de 2014

Al llegar a Caserta el Papa Francisco se reunió con los sacerdotes de la diócesis en la capilla palatina del palacio real y mantuvo con ellos un diálogo. Introdujo la conversación el obispo Giovanni D'Alise con estas palabras.

Santidad, no he preparado nada escrito porque comprendí inmediatamente que usted quiere una relación cercana y profunda con los sacerdotes. Por lo tanto, le digo: bienvenido. Esta es nuestra Iglesia, los sacerdotes, y luego iremos a ver el resto de la Iglesia, en tanto celebraremos la Eucaristía. Para mí este momento es importante, porque hace dos meses que estoy aquí, y comenzar este episcopado con su presencia y su bendición es para mí una gracia en la gracia. Y ahora esperamos su palabra. Sabiendo que usted desea un diálogo, los sacerdotes prepararon algunas preguntas para usted.

El Papa Francisco dio las gracias al prelado e invitó a los presentes a formular sus preguntas.

He preparado un discurso, pero lo entregaré al obispo. Muchas gracias por la acogida. Gracias. Estoy contento y me siento un poco culpable de haber causado tantos problemas el día de la fiesta patronal. Pero yo no sabía. Cuando llamé al obispo para decirle que quería venir a realizar una visita privada, aquí, a un amigo, el pastor Traettino, él me dijo: «Ah, precisamente el día de la fiesta patronal». E inmediatamente pensé: «Al día siguiente en los periódicos aparecerá: en la fiesta patronal de Caserta el Papa estuvo con los protestantes». Un buen titular, ¿eh? Y así hemos acomodado la cuestión, con un poco de prisa, pero el obispo me ha ayudado mucho, y también la gente de la Secretaría de Estado. Cuando llamé al sustituto le dije: «Por favor, quítame

la cuerda del cuello». Y lo hizo bien. Gracias por las preguntas que haréis, podemos comenzar; se hacen las preguntas y yo veo si podemos agrupar dos o tres, de lo contrario respondo a cada una.

Siguió el diálogo con los sacerdotes, del cual publicamos la traducción de la transcripción.

Santidad, gracias. Soy el vicario general de Caserta, don Pasquariello. Un gracias inmenso por su visita aquí a Caserta. Quisiera hacer una pregunta: el bien que usted está trayendo a la Iglesia católica con sus homilías cotidianas, los documentos oficiales, especialmente la Evangelii gaudium, están marcadas, sobre todo, por la conversión espiritual, íntima, personal. Es una reforma que compromete, según mi modesto parecer, sólo el ámbito de la teología, de la exégesis bíblica y de la filosofía. Junto a esta conversión personal, que es esencial para la salvación eterna, vería útil alguna intervención, por parte de Su Santidad, que implique más al pueblo de Dios, precisamente como pueblo. Me explico. Nuestra diócesis, desde hace novecientos años, cuenta con límites absurdos: algunos territorios comarcales están divididos por la mitad con la diócesis de Capua y con la de Acerra. Incluso, la estación de la ciudad de Caserta, a menos de un kilómetro del municipio, pertenece a Capua. Por este motivo, Beatísimo Padre, le pido una intervención que traiga solución para que nuestras comunidades ya no tengan que sufrir a causa de traslados inútiles y no sea ulteriormente mortificada la unidad pastoral de nuestros fieles. Está claro, Santidad, que usted en el número 10 de la Evangelii gaudium dice que estas cosas pertenecen al episcopado; sin embargo, yo recuerdo que siendo joven sacerdote —hace 47 años— fuimos a ver a monseñor Roberti —él había salido de la Secretaría de Estado— y llevamos un poco de problemas también allí; y dijeron, después de explicar la cuestión: «Poneos de acuerdo con los obispos y nosotros firmaremos». Esto es una bellísima cosa. ¿Pero cuándo se ponen de acuerdo los obispos?

Algunos historiadores de la Iglesia dicen que en algunos de los primeros Concilios los obispos llegaron incluso a los puñetazos, pero luego se ponían de acuerdo. Y esto es un mal signo. Es mala cosa cuando los obispos hablan mal uno del otro, o forman cordada. No digo tener unidad de pensamiento o unidad de espiritualidad, porque esto es bueno, digo cordada en el sentido negativo de la palabra. Esto es feo porque se rompe precisamente la unidad de la Iglesia. Esto no es de Dios. Y nosotros obispos debemos dar el ejemplo de unidad que Jesús pidió al Padre para la Iglesia. Pero no se puede ir hablando mal uno del otro: «Este lo hace así y aquel hace la cosas así...». Anda, y dilo de frente. Nuestros antepasados en los primeros Concilios llegaban a los puñetazos, y yo prefiero que se griten cuatro cosas de esas fuertes y luego se abracen y no que se hablen a escondidas uno contra el otro. Esto, como principio general, o sea: en la unidad de la Iglesia es importante la unidad entre los obispos. Usted destacó luego un camino que el Señor quiso para su Iglesia. Y esta unidad entre los obispos es la que favorece el ponerse de acuerdo sobre esto y sobre aquello. En un país —no en Italia, en otra parte— hay una diócesis cuyos límites se establecieron de nuevo, pero con motivo de la ubicación del tesoro de la catedral están en conflicto en los tribunales desde hace más de cuarenta años. Por dinero: ¡esto no se

comprende! ¡Es aquí donde festeja el diablo! Es él quien gana. Es hermoso que usted diga que los obispos deban siempre estar de acuerdo: pero de acuerdo en la unidad, no en la uniformidad. Cada uno tiene su carisma, cada uno tiene su modo de pensar, de ver las cosas: esta variedad a veces es fruto de errores, pero muchas veces es fruto del Espíritu mismo. El Espíritu Santo quiso que en la Iglesia exista esta variedad de carismas. El Espíritu mismo hace la diversidad, luego logró formar la unidad; una unidad en la diversidad de cada uno, sin que nadie pierda la propia personalidad. Deseo que lo que usted ha dicho siga adelante. Además, todos somos buenos, porque todos tenemos el agua del Bautismo, tenemos el Espíritu Santo dentro que nos ayuda a seguir adelante.

Soy el padre Angelo Piscopo, párroco de San Pedro apóstol y de San Pedro en la Cátedra. Mi pregunta es esta: Santidad, en la exhortación apostólica Evangelii gaudium usted invitó a alentar y reforzar la piedad popular, como precioso tesoro de la Iglesia católica. Al mismo tiempo, sin embargo, mostró el riesgo —lamentablemente cada vez más real— de la difusión de un cristianismo individual y sentimental, más atento a las formas tradicionales y a la revelación, privado de los aspectos fundamentales de la fe y de incidencia en la vida social. ¿Qué sugerencia puede darnos para una pastoral que, sin mortificar la piedad popular, pueda relanzar el primado del Evangelio? Gracias, Santidad.

Se oye decir que este es un tiempo donde la religiosidad ha disminuido, pero yo no creo mucho en eso. Porque son estas corrientes, estas escuelas de religiosidad intimistas, como los gnósticos, que hacen una pastoral similar a una oración pre-cristiana, una oración pre-bíblica, una oración gnóstica, y el gnosticismo entró en la Iglesia en estos grupos de piedad intimista: a esto llamo intimismo. El intimismo no hace bien, es algo para mí, estoy tranquilo, me siento lleno de Dios. Es un poco —no es lo mismo—, pero va en cierto sentido por el camino de la *New Age*. Hay religiosidad, sí, pero una religiosidad pagana, o incluso herética; no debemos tener miedo de pronunciar esta palabra, porque el gnosticismo es una herejía, fue la primera herejía de la Iglesia. Cuando hablo de religiosidad, hablo de ese tesoro de piedad, con muchos valores, que el gran Pablo VI describía en la Evangelii nuntiandi. Pensad una cosa: el *Documento de Aparecida*, el documento de la quinta Conferencia del episcopado latinoamericano, para hacer una síntesis al final del documento mismo, en el último párrafo, ya que los otros dos eran de agradecimiento y de oración, tuvo que ir cuarenta años atrás y tomar un trozo de la Evangelii nuntiandi, que es el documento pastoral post-conciliar que aún no se ha superado. Tiene una actualidad enorme. En ese documento Pablo VI describe la piedad popular, afirmando que la misma algunas veces debe ser también evangelizada. Sí, porque como toda piedad existe el riesgo de ir un poco por una parte y un poco por otra y no contar con una expresión de fe fuerte. Pero la piedad que tiene la gente, la piedad que entra en el corazón con el Bautismo es una fuerza enorme, a tal punto que el pueblo de Dios que tiene esta piedad, en su conjunto, no puede equivocarse, es infalible *in credendo*: así dice la Lumen gentium en el número 12. La piedad popular verdadera nace de ese *sensus fidei* del que habla este documento conciliar y guía en la devoción de los santos, de la Virgen, incluso con expresiones folklóricas en el sentido bueno de la palabra. Por ello la piedad

popular está fundamentalmente inculturada, no puede ser una piedad popular de laboratorio, fría, sino que siempre nace de nuestra vida. Se pueden cometer pequeños errores —es necesario, por lo tanto, vigilar—, sin embargo, la religiosidad popular es un instrumento de evangelización. Pensemos en los jóvenes de hoy. Los jóvenes —al menos la experiencia que tuve en la otra diócesis—, los jóvenes, los movimientos juveniles en Buenos Aires no funcionaban. ¿Por qué? Se les decía: hagamos una reunión para hablar... y al final los jóvenes se aburrían. Pero cuando los párrocos encontraron el camino para implicar a los jóvenes en las pequeñas misiones, ir de misión en vacaciones, la catequesis en los pueblos que tienen necesidad, en los poblados que no tienen sacerdote, entonces ellos se sumaban. Los jóvenes quieren de verdad este protagonismo misionero y de ahí aprenden a vivir una forma de piedad que se puede incluso llamar piedad popular: el apostolado misionero de los jóvenes tiene algo de piedad popular. La piedad popular es activa, es un sentido de fe profundo —dice Pablo VI—, que sólo los sencillos y los humildes son capaces de tener. ¡Esto es grande! En los santuarios, por ejemplo, se ven milagros. Cada 27 de julio yo iba al santuario de San Pantaleón, en Buenos Aires, y confesaba por la mañana. Volvía renovado por esa experiencia, volvía avergonzado por la santidad que encontraba en la gente sencilla, pecadora pero santa, porque decía los propios pecados y luego contaba cómo vivía, cómo era el problema del hijo o de la hija o de esto o de lo otro, y cómo visitaba a los enfermos. Se transparentaba un sentido evangélico. En los santuarios se encuentran estas cosas. Los confesonarios de los santuarios son un sitio de renovación para nosotros sacerdotes y obispos; son un curso de actualización espiritual, por el contacto con la piedad popular. Y los fieles, cuando vienen a confesarse, te dicen sus miserias, pero tú ves detrás de esas miserias la gracia de Dios que los conduce a ese momento. Ese contacto con el pueblo de Dios que reza, que es peregrino, que manifiesta su fe con esa forma de piedad, nos ayuda mucho en nuestra vida sacerdotal.

¿Me permite llamarle padre Francisco?, porque la paternidad implica inevitablemente una santidad, cuándo es auténtica. Como discípulo de los padres jesuitas, a quienes debo mi formación, cultural y sacerdotal, digo primero mi impresión, y luego una pregunta que dirijo a usted de modo especial. El identikit del sacerdote del tercer milenio: equilibrio humano y espiritual; conciencia misionera; apertura al diálogo con otros credos, religiosos o no. ¿Por qué esto? Usted ciertamente ha realizado una revolución copernicana por lenguaje, estilo de vida, comportamiento y testimonio sobre las temáticas más destacadas a nivel mundial, incluso de los ateos y de los alejados de la Iglesia cristiano-católica. La pregunta que le hago: ¿cómo es posible en esta sociedad —con una Iglesia que desea crecer y desarrollarse, en esta sociedad en evolución dinámica y conflictiva y muy a menudo lejana de los valores del Evangelio de Cristo— ser nosotros una Iglesia, con mucha frecuencia, con cierto retraso? Su revolución lingüística, semántica, cultural y de testimonio evangélico está suscitando ciertamente en las conciencias una crisis existencial para nosotros sacerdotes. ¿De qué modo nos sugiere los caminos, soñadores y creativos, para superar, o al menos para atenuar, esta crisis que advertimos? Gracias.

Eso. ¿Cómo es posible, con la Iglesia en crecimiento y desarrollo, ir hacia adelante? Usted decía

algunas cosas: equilibrio, apertura dialógica... Pero, ¿cómo es posible caminar? Usted mencionó una palabra que me gusta mucho: es una palabra divina, y si es humana es porque es un don de Dios: *creatividad*. Es el mandamiento que Dios dio a Adán: «Ve y haz crecer la Tierra. Sé creativo». Es también el mandamiento que Jesús dio a los suyos, a través del Espíritu Santo, por ejemplo la creatividad de la primera Iglesia en las relaciones con el judaísmo: Pablo fue un creativo; Pedro, ese día cuando fue a ver a Cornelio, tenía un gran miedo, porque estaba haciendo algo nuevo, algo creativo. Pero él fue allí. Creatividad es la palabra. ¿Y cómo se puede encontrar esta creatividad? Antes que nada —y esta es la condición si queremos ser creativos *en el* Espíritu, es decir en el Espíritu del Señor Jesús— no hay otro camino más que la oración. Un obispo que no reza, un sacerdote que no reza ha cerrado la puerta, ha cerrado la senda de la creatividad. Es precisamente en la oración cuando el Espíritu te hace percibir algo, y viene el diablo y te hace sentir otra cosa; pero en la oración está la condición para seguir adelante. Incluso si la oración muchas veces puede parecer aburrida. La oración es muy importante. No sólo la oración del Oficio divino, sino la liturgia de la misa, serena, bien hecha con devoción, la oración personal con el Señor. Si nosotros no rezamos, seremos tal vez buenos empresarios pastorales y espirituales, pero la Iglesia sin oración se convierte en una ONG, no tiene esa *unctio Spiritus Sancti*. La oración es el primer paso, porque es un abrirse al Señor para poder abrirse a los demás. Es el Señor que dice: «Ve por aquí, ve por allá, haz esto...», te suscita esa creatividad que a muchos santos les costó tanto. Pensad en el beato Antonio Rosmini, quien escribió *Las cinco llagas de la Iglesia*, fue precisamente un crítico creativo, porque rezaba. Escribió lo que el espíritu le hizo percibir, por esto fue a la cárcel espiritual, es decir, a su casa: no podía hablar, no podía enseñar, no podía escribir, sus libros estaban en el Índice. ¡Hoy es beato! Muchas veces la creatividad te lleva a la cruz. Pero cuando viene de la oración, da fruto. No la creatividad un poco a la *sans façon* y revolucionaria, porque hoy está de moda ser revolucionario; no, esto no es del Espíritu. Pero cuando la creatividad viene del Espíritu y nace de la oración te puede traer problemas. La creatividad que viene de la oración tiene una dimensión antropológica de trascendencia, porque mediante la oración te abres a la trascendencia, a Dios. Pero está también la otra trascendencia: abrirse a los demás, al prójimo. No hay que ser una Iglesia cerrada en sí, que se mira el ombligo, una Iglesia autorreferencial, que se mira a sí misma y no es capaz de trascender. Es importante la trascendencia dúplice: hacia Dios y hacia el prójimo. Salir de sí no es una aventura, es un camino, es el camino que Dios ha indicado a los hombres, al pueblo desde el primer momento cuando dijo a Abrahán: «Deja tu tierra». Salir de sí. Y cuando salgo de mí, encuentro a Dios y encuentro a los demás. ¿Cómo encuentro a los demás? ¿De lejos o de cerca? Es necesario encontrarlos de cerca, la cercanía. Creatividad, trascendencia y cercanía. Cercanía es una palabra clave: ser cercano. No asustarse de nada. Ser cercano. El hombre de Dios no se asusta. Pablo mismo, cuando vio tantos ídolos en Atenas, no se asustó, y dijo a esa gente: «Vosotros sois religiosos, con tantos ídolos... pero yo os hablaré de otro». No se asustó y se acercó a ellos, y citó también a sus poetas: «Como dicen vuestros poetas...». Se trata de cercanía a una cultura, cercanía a las personas, a su modo de pensar, a sus dolores, a sus resentimientos. Muchas veces esta cercanía es precisamente una penitencia, porque tenemos que escuchar cosas aburridas, cosas ofensivas. Hace dos años, un sacerdote misionero en Argentina —era de

la diócesis de Buenos Aires y había ido a una diócesis del sur, en una zona donde no había sacerdote desde hacía años, y habían llegado los evangelistas— me contaba que fue a visitar a una mujer que había sido la maestra del pueblo y luego la directora de la escuela del poblado. Esta señora lo invitó a sentarse y comenzó a insultarlo, no con palabras feas, sino a insultarlo con fuerza: «Nos habéis abandonado, nos habéis dejado solos, y yo que necesito la Palabra de Dios me vi obligada a ir al culto protestante y me hice protestante». Este sacerdote joven, que es humilde, es alguien que reza, cuando la mujer acabó la catarata, le dijo: «Señora, sólo una palabra: perdón. Perdónanos, perdónanos. Hemos abandonado al rebaño. Y el tono de esa mujer cambió. Siguió siendo protestante y el sacerdote no mencionó el tema de cuál es la verdadera religión: en ese momento no se podía hacer eso. Al final, la señora comenzó a sonreír y dijo: «Padre, ¿quiere un café?» —«Sí, tomemos un café». Y cuando el sacerdote estaba por salir, le dijo: «Quédese padre, venga», y lo llevó a la habitación, abrió el armario y estaba la imagen de la Virgen: «Usted debe saber que jamás la abandoné. La escondí por el pastor, pero en casa está». Es una anécdota que enseña cómo la cercanía, la mansedumbre hicieron que esta mujer se reconciliase con la Iglesia, porque se sentía abandonada por la Iglesia. Y yo le hice una pregunta que no se debe hacer nunca: «Y luego, ¿cómo acabó todo? ¿Cómo acabó la cuestión?». Pero el sacerdote me corrigió: «Ah, no, yo no pedí nada: ella sigue participando en el culto protestante, pero se ve que es una mujer que reza: que obre el Señor Jesús». Y no fue más allá, no invitó a volver a la Iglesia católica. Es esa cercanía prudente, que sabe hasta dónde se debe llegar. Pero cercanía significa también diálogo; hay que leer en la *Ecclesiam suam* la doctrina sobre el diálogo, que luego repitieron los demás Papas. El diálogo es muy importante, pero para dialogar son necesarias dos cosas: la propia identidad como punto de partida y la empatía con los demás. Si yo no estoy seguro de mi identidad y voy a dialogar, termino por canjear mi fe. No se puede dialogar si no es partiendo de la propia identidad; y la empatía, es decir, no condenar a priori. Cada hombre, cada mujer tiene algo propio para darnos; todo hombre, toda mujer, tiene la propia historia, la propia situación y debemos escucharla. Luego la prudencia del Espíritu Santo nos dirá cómo responder a ello. Partir de la propia identidad para dialogar, pero el diálogo no es hacer apologética, incluso si algunas veces se nos presentan preguntas que requieren una explicación. El diálogo es una cuestión humana, son los corazones, las almas los que dialogan, y esto es muy importante. No tener miedo de dialogar con nadie. Se decía de un santo, un poco bromeando —no recuerdo, creo que se trataba de san Felipe Neri, pero no estoy seguro—, que era capaz de dialogar incluso con el diablo. ¿Por qué? Porque tenía esa libertad de escuchar a todas las personas, pero partiendo de la propia identidad. Estaba muy seguro, pero estar seguro de la propia identidad no significa hacer proselitismo. El proselitismo es una trampa, que incluso Jesús en cierto sentido lo condena, *en passant*, cuando habla a los fariseos y a los saduceos: «Vosotros que dais la vuelta al mundo para encontrar un prosélito y luego os acordáis de aquello...». Es una trampa. El Papa Benedicto tiene una expresión muy hermosa, la dijo en Aparecida pero creo que la repitió en otros lugares: «La Iglesia crece no por proselitismo, sino por atracción». ¿Y, qué es la atracción? Es esa empatía humana que luego la guía el Espíritu Santo. Así, pues, ¿cómo será el perfil del sacerdote de este siglo tan secularizado? Un hombre de creatividad, que sigue el mandamiento de Dios —«crear las cosas»—; un hombre de trascendencia, tanto con Dios en la

oración como con los demás, siempre; un hombre de cercanía que se acerca a la gente. Alejar a la gente no es sacerdotal y de esta actitud la gente, a menudo, está cansada, y, sin embargo, viene igualmente a nosotros. Pero quien acoge a la gente y es cercano a ella, dialoga con la gente, lo hace porque se siente seguro de la propia identidad, que lo impulsa a tener el corazón abierto a la empatía. Esto es lo que se me ocurre decirle a su pregunta.

Queridísimo padre: Mi pregunta se refiere al lugar donde vivimos: la diócesis, con nuestros obispos, la relación con nuestros hermanos. Y le pregunto: este momento histórico que estamos viviendo, ¿tiene expectativas en nosotros, presbíteros, es decir, de un testimonio claro, abierto, gozoso —como usted nos está invitando—, precisamente en la novedad del Espíritu Santo? Le pregunto: ¿qué podría ser propiamente, según usted, lo específico, el fundamento de una espiritualidad del sacerdote diocesano? Me parece haber leído en algún lugar que usted dice: «El sacerdote no es un contemplativo». Pero antes, no era así. Por lo tanto, ¿puede darnos un icono para tener presente con vistas al renacimiento, al crecimiento en la comunión de nuestra diócesis? Y, sobre todo, a mí me interesa cómo podemos ser fieles hoy al hombre, no tanto a Dios.

¡Bien! Usted ha dicho «la novedad del Espíritu Santo». Es verdad. Pero Dios es el Dios de las sorpresas, siempre nos sorprende, siempre, siempre. Leemos el Evangelio y encontramos una sorpresa tras otra. Jesús nos sorprende porque llega antes que nosotros: nos espera antes, nos ama antes, cuando nosotros lo buscamos, Él ya nos está buscando. Como dice el profeta Isaías o Jeremías, no recuerdo bien: Dios es como la flor del almendro, que florece antes de la primavera. Es el primero, siempre el primero, siempre nos espera. Y esta es la sorpresa. Muchas veces buscamos a Dios acá y Él nos está esperando allá. Y ahora vamos a la espiritualidad del clero diocesano. Sacerdote contemplativo, pero no como uno que está en la cartuja, no me refería a esa contemplación. El sacerdote debe tener contemplación, capacidad de contemplación tanto de Dios como de los hombres. Es un hombre que mira, que llena sus ojos y su corazón con esta contemplación: con el Evangelio ante Dios, y con los problemas humanos ante los hombres. En este sentido debe ser contemplativo. No hay que confundirse: el monje es otra cosa. Pero, ¿dónde está el centro de la espiritualidad del sacerdote diocesano? Diría que en la «diocesanidad». Es tener la capacidad de abrirse a la diocesanidad. La espiritualidad de un religioso, por ejemplo, es la capacidad de abrirse a Dios y a los demás en la comunidad: tanto la más pequeña como la más grande de las congregaciones. En cambio, la espiritualidad del sacerdote diocesano es abrirse a la diocesanidad. Y vosotros, religiosos, que trabajáis en la parroquia, debéis hacer las dos cosas. Por eso el dicasterio de los obispos y el dicasterio de la vida consagrada están trabajando en una nueva versión de la *Mutuae relationes*, para que el religioso pertenezca a ambas. Pero volvamos a la diocesanidad: ¿qué significa? Significa tener una relación con el obispo y una relación con los demás sacerdotes. La relación con el obispo es importante, necesaria. Un sacerdote diocesano no puede estar separado del obispo. «Pero es que el obispo no me quiere, el obispo esto, el obispo lo otro...». Quizá el obispo sea un hombre con mal carácter, pero es tu obispo. Y debes encontrar también en esa actitud no positiva un

camino para mantener la relación con él. De todos modos, esta es una excepción. Soy sacerdote diocesano porque tengo una relación con el obispo, una relación necesaria. Es muy significativo que en el rito de ordenación se haga voto de obediencia al obispo. «Yo prometo obediencia a ti y a tus sucesores». Diocesanidad significa una relación con el obispo, que se debe realizar y hacer crecer continuamente. En la mayoría de los casos no es un problema catastrófico, sino una realidad normal. En segundo lugar, la diocesanidad comporta una relación con los demás sacerdotes, con todo el presbiterio. No hay espiritualidad del sacerdote diocesano sin estas dos relaciones: con el obispo y con el presbiterio. Y son necesarias. «Yo me llevo bien con el obispo, pero a las reuniones del clero no voy porque se dicen estupideces». Con esa actitud te falta algo: no tienes la verdadera espiritualidad del sacerdote diocesano. Esto es todo: es sencillo, pero al mismo tiempo no es fácil. No es fácil, porque ir de acuerdo con el obispo no siempre es fácil, porque uno piensa de una manera y el otro piensa de otra, pero se puede discutir... ¡y que se discuta! ¿Y se puede hacer en voz alta? ¡Que se haga! Cuántas veces un hijo discute con su papá, pero al final son siempre padre e hijo. Sin embargo, cuando en estas dos relaciones, con el obispo y con el presbiterio, entra la diplomacia, no está el Espíritu del Señor, porque falta el espíritu de libertad. Hay que tener la valentía de decir «yo no pienso así, pienso de otra manera», y también la humildad de aceptar una corrección. Es muy importante. ¿Y cuál es el enemigo más grande de estas dos relaciones? Las habladurías. Muchas veces pienso —porque también yo tengo esta tentación de murmurar, la tenemos dentro; el diablo sabe que esta semilla le da frutos, y siembra bien—, pienso si no es consecuencia de una vida célibe vivida con esterilidad y no con fecundidad. Un hombre solo termina amargado, no es fecundo y murmura de los demás. Este es un aire que no hace bien, es precisamente lo que impide la relación evangélica, espiritual y fecunda con el obispo y con el presbiterio. Las habladurías son el enemigo más fuerte de la diocesanidad, es decir, de la espiritualidad. Pero tú eres un hombre, por lo tanto, si tienes algo contra el obispo, ve y díselo. Luego tendrá consecuencias, llevarás la cruz, pero ¡sé hombre! Si eres un hombre maduro y ves algo en tu hermano sacerdote que no te agrada o que crees que está equivocado, ve y díselo en la cara, o si ves que no acepta ser corregido, ve a decírselo al obispo o al amigo más íntimo de ese sacerdote, para que pueda ayudarlo a corregirse. Pero no se lo digas a los demás: porque es ensuciarse unos a otros. Y el diablo es feliz con ese «banquete», porque así ataca precisamente el centro de la espiritualidad del clero diocesano. Para mí, las habladurías hacen mucho daño. Y no son una novedad posconciliar... San Pablo ya debió afrontarlas. ¿Recordáis la frase: «Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo...»? Las habladurías son una realidad ya presente en el inicio de la Iglesia, porque el demonio no quiere que la Iglesia sea una madre fecunda, unida, gozosa. ¿Cuál es, en cambio, el signo de que estas dos relaciones, entre el sacerdote y el obispo y entre el sacerdote y los demás sacerdotes están bien? Es la alegría. Así como la amargura es el signo de que no hay una verdadera espiritualidad diocesana, porque falta una hermosa relación con el obispo o con el presbiterio, la alegría es el signo de que las cosas funcionan bien. Uno puede discutir, puede enfadarse, pero la alegría está por encima de todo, y es importante que permanezca siempre en estas dos relaciones que son esenciales para la espiritualidad del sacerdote diocesano.

Quiero volver a otro signo, el signo de la amargura. Una vez me decía un sacerdote, en Roma: «Veo que muchas veces somos una Iglesia de enfadados, siempre enfadados unos con otros; tenemos siempre algo por lo cual enfadarnos». Esto lleva a la tristeza y a la amargura: no hay alegría. Cuando encontramos en una diócesis a un sacerdote que vive tan enfadado y con esa tensión, pensamos: este hombre, a la mañana, en el desayuno toma vinagre; después, en el almuerzo, verduras en vinagre; y, por último, a la noche, un buen jugo de limón. Así su vida no va bien, porque es la imagen de una Iglesia de enfadados. Al contrario, la alegría es el signo de que funciona bien. Uno puede enfadarse: incluso es sano enfadarse alguna vez. Pero el estado de enfado no es del Señor y lleva a la tristeza y a la desunión. Y al final, usted ha dicho: «la fidelidad a Dios y al hombre». Es lo mismo que hemos dicho antes. Es la doble fidelidad y la doble trascendencia: ser fieles a Dios es buscarlo, abrirse a Él en la oración, recordando que Él es fiel, que no puede renegar de sí mismo, es siempre fiel. Y también abrirse al hombre; es la empatía, el respeto, escucharlo, y decir la palabra justa con paciencia.

Debemos detenernos por amor con los fieles que esperan... Os doy verdaderamente las gracias y os pido que recéis por mí, porque también yo tengo las dificultades de cualquier obispo y también debo retomar cada día el camino de la conversión. La oración de unos por otros nos hará bien para seguir adelante. Gracias por vuestra paciencia.

* *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, n. 31, 1 de agosto de 2014